

SIMPLEMENTE BUENO

Antonella



Colección ¡Oh, sí!

CAPÍTULO 1

TARDES DE PLAYA

Como cada tarde, abro las puertas de mi tienda, enciendo el aire acondicionado y miro mi agenda por si tengo algún trabajo que entregar; parece que no, así que será una tarde tranquila.

Hace calor, lo normal en Melilla a finales de junio. Un día espléndido, soleado y sin una pizca de viento. Para mi desgracia, la gente está en la playa y en el Centro, ni un alma pasea por las calles.

Hoy no me apetece mucho trabajar, así que aprovecho para revisar mis pedidos pendientes. Es época de bodas y tengo que preparar mi stock de abalorios para tocados y bisutería. ¡Qué ganas de que llegue el mes de julio, para cerrar por las tardes y poder ir a la playa!

No pasan más de quince minutos sentada delante del ordenador, cuando escucho la dulce campanilla al abrirse la puerta.

–¡Hola! ¿Nerea, estás ahí?

–Sí, pasa. Estoy dentro.

Con atuendo playero, pero tan conjuntada como siempre, aparece Berta. Con un vestido cortito y suelto de color rojo, de hombros caídos, rizado por la cintura y con las sandalias y un gigante bolso a juego. Viene acalorada, sudorosa, con la línea de eye-liner azulada en el borde de sus ojos verde agua algo difuminada y escondida tras unas enormes gafas de sol de *Dolce & Gabbana*; su largo pelo rubio recogido de hace horas y bastante inquieta.

–¿Qué te trae por aquí con tanto estrés?

–Una visita. ¿No te gusta que vengan tus amigas a verte?

–¡Me encanta!, solo que me extraña que tú no estés en la playa. – Algo evidente tratándose de Berta. Ella no concibe un día de verano sin playa, su temporada playera comienza en el mes de abril y termina en octubre, si el tiempo lo permite.

–Me he cansado de sol –sentencia, dejándome claro que no le apetecen más preguntas sobre la playa, lo que me resulta extraño, pero yo, que no soy de muchas preguntas, cambio de tema.

–Pues aquí estoy, preparando pedidos de pamelas y tocados. ¿Sabes que en agosto se casa la hija de tu jefe?

Berta trabaja en la Oficina Pública de Empleo, tiene treinta años y es la más joven de la oficina y la última que llegó, aunque bastante espabilada en su trabajo. Es administrativa, pero parece la directora de la oficina. Sus compañeros no dan un paso sin consultarle.

Precisamente la conocí allí. El verano pasado estuve contratada de recepcionista y desde el primer momento conectamos muy bien. A ella le encantaba salir y a mí también, así que ahí comenzó nuestra amistad. Tenemos vidas completamente distintas, pero solemos quedar para ir a la playa y para salir de vez en cuando. En ocasiones me apunto a sus comidas de empresa, que no son pocas, aunque ya no forme parte de ella pero, como yo digo, sus compañeros son mis compañeros y a su jefe lo sigo considerando un buen amigo, un poco gruñón, pero cachondo como él solo.

–Sí, lo sé. Estoy invitada a la boda, pero Jaime no puede ir. Le toca trabajar. Tendré que ir de pareja con Hugo.

Jaime, el novio de Berta, es funcionario de prisiones. Un chico muy callado y tímido, que nunca me ha mirado bien, supongo que porque su dulce Berta ha encontrado la horma de su zapato, en lo que a salir de marcha se refiere. Tiene dos años más que ella y el muchacho posee un buen cuerpo, algo bajo para mi gusto, pero no está mal. Con una melena negra muy llamativa y feo por esas gafas tan bastas, que a la legua informan de que es miope. Hugo es compañero y jefe de sección de Berta, pero ante todo un gran amigo. Él es un tipo peculiar, un hombre al que sus relaciones pasadas no trataron muy bien. Divorciado y con una niña de diez años que tiene, en ocasiones, más luces que él. Al igual que a nosotras, le encanta salir, así que cuando su responsabilidad como padre se lo permite, se une a nuestro club.

–¿Qué tal me queda esta pameleta?, ¿y esta? –me va diciendo a la vez que las coge y las suelta de una pila que tengo sobre una

estantería de mi atelier, casi sin darme tiempo a verla.

–Creo que la rosa te favorece bastante, pero la boda es por la noche, ¿no?

–Sí, quiero que me prepares un tocado sencillo, ya te diré color, porque aún no tengo el vestido. Tengo que ir a comprármelo.

–Seguro que será una boda espectacular, yo no conozco a la familia del novio, pero conociendo a la de la novia... Gustavo estará deseando llevar a su hija al altar, ¡con lo protagonista que es...!

–Hemos hablado poco de la boda. Tal vez, deberíamos organizar una quedada y que nos cuente. ¿Comemos mañana en el chiringuito de la Hípica y después nos quedamos en la playa? –dice Berta mirándose en el espejo, haciendo poses con una pamelita que casi no deja ver su rostro.

–¡Uf! ¡Qué va! Mañana por la noche me voy de viaje y aprovecharé para hacer la maleta después de comer.

–¡Vaya, zorra! ¿Dónde vas?

–Nos vamos a Málaga. Es el treinta cumpleaños del hermano de Lucas y van a hacerle una fiesta sorpresa. No me apetece mucho ir, pero no me queda otra.

Lucas es mi pareja desde hace ya seis años. No estamos casados, ni siquiera nos lo hemos planteado. Hasta ahora, hemos vivido muy a gusto, aunque la verdad es que cada día estoy más cansada de su forma de ser, pero digamos, que ni él se mete en mi vida ni yo en la suya.

Lucas trabaja en la empresa familiar, una tienda de muebles. Era de su padre y cuando este se jubiló le dejó todo el imperio a sus dos

hijos; a su hermano la tienda de Málaga y a él, aquí en Melilla. Es un niño de papá al que se lo han puesto todo por delante. Tiene una vida muy fácil y a medida que pasan los años, va siendo más cómodo, más egoísta y más interesado.

A veces, me pregunto qué hago con él, pero como he dicho, vivo a gusto.

–¡Qué suerte! Yo también tengo ganas de hacer un viaje, pero Jaime es tan aburrido, que prefiero quedarme aquí y tirarme en la playa al sol todas las tardes. Además, ahora en verano no hay mucho trabajo en la oficina, así que estoy más relajada.

–¿Relajada? Pues hoy no lo pareces.

–Je, je –sonríe Berta tímidamente.

–¿Por qué no vas a la cafetería de la esquina y traes unos cafés? Bueno, para ti mejor una tila.⁶⁶

–¡Qué graciosa! Ahora voy, pero antes organiza una quedada en el grupo nuestro del curro.

–¿Yo? –digo sorprendida. –¿Y qué pinto yo organizando una quedada en el grupo? Una cosa es que me una a tus comidas de empresa y otra muy distinta, que yo la organice, ¿por qué no lo haces tú?

–Tía, no quiero ser yo quien lo haga. Jaime está un poco enfadado conmigo por tantas salidas con la gente del trabajo y como se entere de que soy yo la promotora de la quedada, la voy a tener.

–¿Tanto sales con los del curro?

–Bueeeno –dice Berta con disimulo. –Llevamos tiempo quedando todos los viernes después del trabajo y se ha convertido en una

costumbre.

–¿Quiénes, los de siempre?, ¿Hugo también va todos los viernes?
¿Y qué hace con la niña?

–Hija, Hugo y yo no fallamos –dice Berta a la vez que suspira – algunos días hasta hemos ido los dos solos; cuando tiene a Candela, la deja con su madre y la recoge por la tarde.

–¡Ah!

–Entonces, ¿vas a ponerlo en el grupo? –insiste Berta. –Por favor, Nerea. ¡Ponlo!

–No, Berta. No voy a poner nada en el grupo. No sé por qué tanto interés en que yo diga de quedar, pero si es tan importante para ti, puedo escribirle a Hugo y decirle que hace mucho tiempo que no nos tomamos algo juntos, que he estado hablando del tema contigo y que tengo ganas de que salgamos un día con Gustavo y algún compañero más. Que lo organice. ¿Te parece?

–¡Perfecto! ¡Ains, cuánto te quiero! –Mientras me abraza con fuerza.
–Bueno, voy a por esos cafés. Tú ve escribiéndole a Hugo.

Berta sale a toda prisa de la tienda, supongo que deseosa de volver, para ver que le he escrito a Hugo. ¡Me parece todo tan extraño...! Aunque con Berta nunca nada es extraño. Ella aparece y desaparece sin más o simplemente te busca cuando te necesita. Es algo que no me molesta, porque la he conocido así, digamos que es una amiga un pelín interesada.

Mi móvil debe de haberse quedado escondido entre todos los sombreros que Berta se ha estado probando, ¡menudo follón me ha liado en el taller!. Voy cogiendo accesorios y colocándolos en las

estanterías y suena la campanilla. Alguien entra, pero no es Berta.

–¡Hola! Buenas tardes.

–Buenas tardes, ¿me podrías hacer un tocado como este? –dice la señora, enseñándome una foto en su móvil.

–Por supuesto, ¿lo quiere exactamente igual? –pregunto, pero con ganas de que me diga que puedo darle mi toque.

En ese mismo momento, Berta abre la puerta asomando con los dos cafés y con cara de: dame tu teléfono a ver qué te ha dicho Hugo.

–¡Hola, Berta! Gracias por el café, ¿podrías llamarme al móvil? Es que no lo encuentro. –Mientras, sigo conversando con mi clienta, que poco a poco, va brindándome su confianza para hacerle otro tocado con mucho más estilo y a la altura de los diseños de “Nerea”. Berta busca su teléfono en el inmenso bolso de playa, lo saca y a la vez que marca, me mira con impaciencia. Mi *iPhone* suena vagamente bajo un montón de accesorios y Berta corre a desenterrarlo. Yo anoto en mi agenda un tocado para el 20 de julio a nombre de Lourdes, a la cual despido con amabilidad.

Berta me ofrece mi móvil para que ponga la huella, la miro pícaramente mientras pongo mi dedo en el botón y ella se encarga de abrir *WhatsApp* y escribirle a Hugo.

–Berta no te pases, que te noto muy interesada en la quedada y a ver si Hugo se va a hacer una idea equivocada. Aunque no me importaría. –Sonrío.

–Ja, ja, ja ¡Qué guarrona eres! Además, Hugo no es tu estilo –dice con entonación celosa.

–¿Qué no es mi estilo? Ese hombre es el estilo de cualquier mujer,

está buenísimo. ¡Anda! Dame mi teléfono. –Alargando mi mano para cogerlo.

El mensaje aún está en pantalla: *“Hola Hugo, q tal? He estado hablando con Berta y hemos pensado que hace tiempo q no hacemos una quedada de las de antes, ya va siendo hora no?”*

–Al final, la que organiza soy yo. Si es que eres...

–No pasa nada, hay confianza –dice Berta sonriendo.

Berta se sienta en mi escritorio y yo me quedo en el mostrador, organizando unas joyas que llegaron ayer y aún no me ha dado tiempo a colocar. Aproximadamente, cada veinte segundos me pregunta si ha contestado Hugo.

–¡No, pesada! Todavía no lo ha leído. Además, seguro que Hugo estará en la playa, camelándose a alguna jovencita con sus dotes seductoras.

–No está en la playa –sentencia Berta con firmeza.

–¿Y tú que sabes?

–Bueno... Mmmm... no sé, imagino. Responde con inquietud, dando la sensación que ha contestado algo que no debía.

–¡Uy! Parece que sabes demasiado de Hugo, ¿tú no tendrás nada que contarme?

–¡Anda, calla! ¿Estás loca?

Sigo poniendo en orden mi mostrador y Berta se muestra aún más acelerada que cuando llegó, bebiendo el último sorbo de café, agarra su enorme bolso de playa, suelta su *iPhone* en el interior y tira el vaso a la papelera.

–Me voy.

–¿Ya? ¿Te pasa algo?.

–¿A mí? A mí no me pasa nada –contesta Berta mirándome y frunciendo el ceño. –He quedado con Jaime para ver unos muebles.

Jaime y Berta se acaban de comprar un chalet en la playa. Cerca de mi amiga. Una casa carísima, en la que están cuidando hasta el más mínimo detalle y conociéndola, seguro que la dejará impresionante.

–¿No ha contestado? En cuanto te escriba me dices.

–¡Qué sí, chiquilla! –contesto con tono de estar perdiendo la paciencia.

Berta sale por la puerta y se hace la tranquilidad en mi local. Ha estado menos de una hora y ha creado un ambiente de crispación. Me tenía atacada. Vuelvo a sentarme en el ordenador y...

–¡Clin, clin! –suena de nuevo la campanilla de la puerta.

–¿Nerea?

–Mmmm... –Ahora soy yo la que se pone de los nervios. Salgo del taller recogíendome el pelo y con cara de felicidad.

–Hola, Marcos. ¡Qué alegría verte! Necesitaba esa mercancía con urgencia.

Marcos es un trabajador de Rapid-Ex, la agencia de transportes con la que trabajo. Un joven de veinticinco años que, cada vez que lo veo, hace pasar por mi mente todo tipo de maldades sexuales. Es un chico alto, de pelo castaño con un corte muy estiloso, unos inquietantes ojos azules y un cuerpo perfecto de gimnasio nada exagerado, pero con músculos definidos o, al menos eso creo, porque nunca lo he visto desvestido. Yo lo imagino así, por la información que me trasmite su camiseta de color azul, con el logotipo de su empresa y pegada a su

pecho. Es tímido, pero a la vez bromista y creo que debe saber, que cuando viene a mi tienda, por mi mente sólo pasa la idea de echar el pestillo y colgar el cartel de "cerrado" durante diez minutos.

–Firma aquí –dice Marcos posicionándome la tablet y dándome el boli electrónico, a la vez que deja salir una preciosa sonrisa de su boca.

–¡Listo! Muchas gracias, Marcos. No tardes en volver a venir –dejo caer a modo de broma, pero refiriéndome a mercancía pendiente.

–¡Claro que no!, mañana estoy otra vez por aquí. Rapid-Ex trata muy bien a sus clientas guapas –dice saliendo con prisas.

Miro mi móvil y vuelvo a la realidad, después de unos minutos en los que mi mente se ha hecho eco de los pensamientos más obscenos, en los que Marcos es exclusivamente el único protagonista. ¡Doce notificaciones de *WhatsApp*! ¡Dios mío! ¿Qué diablos le pasa a Berta?

Berta: "Sabes algo?"

Berta: "Holaaaaaa"

Hugo: "Hola Preciosa"

Hugo: "Pues muy bien, recogiendo a Candela de casa de mis padres"

Hugo: "Y tú q tal?"

Hugo: "Quedamos cuando quieras, sabes q yo siempre estoy dispuesto a pasar un rato con una belleza como tú"

Berta: "Zorra pq no contestas!"

Lucas: "Mándame la factura"

Hugo: "Si quedamos al medio día no tengo problemas, pero por la noche esta semana no puedo pq Candela duerme conmigo hasta el lunes"

Hugo: *"Le preguntaré a Gustavo y a Berta cuando le viene bien y quedamos los cuatro, pq Mari Carmen está de vacaciones"*

Berta: *"(Emoticonos de sueño)"*

Hugo: *"Besitos guapa"*

Marcos Radid-Ex: *"como siempre... Estás preciosa (Emoticono ojos de corazón)"*

No puedo evitar fijarme únicamente en el último mensaje. Una extraña sensación recorre todo mi cuerpo. ¡Marcos me ha escrito un mensaje! Nunca lo había hecho. ¿Qué querrá decir? ¿Se sentirá igual que yo cuando nos vemos? ¡Uf! ¿Qué voy a hacer la próxima vez que lo vea? Me moriré de la vergüenza. Estoy segura.

Abro la aplicación y directa a su mensaje. He repasado por encima las notificaciones, pero ninguna me parece tan importante, como la del chico de ojazos azules.

Pienso en un instante en mil cosas que escribir: "¡Vaya, gracias! Vas a hacer que me ponga colorada", "tú también estabas increíble... como siempre", "eres mi repartidor favorito"... Y lo único que me sale es un emoticono con los mofletes rojos de vergüenza, pero... ¿se puede ser más imbécil? Tengo un polvo entre mis manos y sólo se me ocurre eso, ¡un emoticono avergonzado!

Abro el mensaje de Berta y la dejo *"en leído"*, como sé que le da tanta rabia... Le contesto a Hugo, que me parece genial, que lo que él decida estará bien y que por mí perfecto la semana que viene, porque mañana me marcho de viaje. También le contesto a Lucas: *"Como siempre exigiendo (Emoticono de beso)"*. Después de tener mi momento Marcos, me viene con *"mándame la factura"*. ¡Normal que

cada día lo aguante menos! Si sólo piensa que mi vida gira en torno a él.

Lucas no es un tío atractivo; nunca lo ha sido, pero van pasando los años y cada vez está más dejado, siempre desaliñado, sin garbo, no tiene ni un detalle bonito conmigo y la cama con él se ha vuelto rutinaria y aburrida.

Suena mi teléfono y es la pesadilla de Berta.

–¡Dime, pesada!

–¿Por qué no me contestas? ¡Y encima me dejas en leído! –replica Berta enfadada.

–Tía, estaba ocupada.

–¿Te ha contestado Hugo? –me pregunta impaciente, mientras yo dejo unos instantes de silencio para mosquearla aún más. –¡Nerea, dime!

–Sí, me ha contestado. Dice que está muy liado con la niña y que a la gente de la oficina la tiene muy vista para quedar con vosotros. Así, que no puede.

–¡Déjate de rollos! ¿qué te ha dicho en serio?

–¡Je, je! Hemos dicho de quedar la semana que viene, a partir del martes, que ya no tiene a Candela y que yo ya he vuelto de mi viaje. Iba a consultarlo contigo y con Gustavo y ya me decía día.

–Perfecto, pues el martes quedamos.

–¿Martes? –pregunto extrañada. –¿No sería mejor el jueves o el finde? Los martes está todo muerto.

–No, el martes está bien, además así estamos más tranquilos en los sitios. Mañana hablaré con ellos en la oficina y ya te digo.

–Muy bien.

–Adiós. –Se despide Berta entusiasmada.

–Un beso loca.

